

La soledad de Velintonia



Asunción GARCÍA IGLESIAS

Secretaria de la Asociación de Amigos de Vicente Aleixandre

En 1995 aparecía en la prensa la noticia de que la casa de la antigua calle de Velintonia 3, donde Vicente Aleixandre (1898-1984) pasó la mayor parte de su vida, había sufrido un pequeño incendio en el que se había visto envuelto un vagabundo que dormía en el jardín. Éste fue el punto de partida para que José Luis Cano, poeta, crítico y gran amigo de Aleixandre, y Alejandro Sanz, actual presidente de la Asociación de Amigos de Vicente Aleixandre, decidieran hacer un llamamiento para salvarla del abandono, en el que reclamaban a los cargos políticos competentes que adquirieran el chalé, cerrado desde el fallecimiento de su hermana Concepción, en 1986, y lo transformaran en sede de la Fundación Vicente Aleixandre y en un centro de documentación y estudio de la poesía española del siglo XX.

A través de una carta manifiesto, se recogieron más de un centenar de firmas de destacados nombres de la cultura española (Francisco Brines, Antonio Colinas, Rafael Morales, Francisco Nieva, Pere Gimferrer, Fernando Lázaro Carreter y muchos otros) y de los representantes de las más prestigiosas instituciones culturales y fundaciones, como la Fundación Federico García Lorca, la Fundación Gerardo Diego, el Ateneo de Madrid, la Real Academia Española, la Fundación Cultural

Miguel Hernández, etc. La idea fue recibida por todos con entusiasmo, y la mayoría de los viejos y leales amigos de Aleixandre se mostraron encantados con ella. En Velintonia, Vicente escribió la mayor parte de su obra. Por allí pasaron los más notables escritores, poetas e intelectuales del siglo XX, desde Federico García Lorca, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Miguel Hernández, Jorge Guillén o Dámaso Alonso, a Pablo Neruda, José Hierro, Claudio Rodríguez, Francisco Brines o Leopoldo de Luis; desde la generación del 27 a la del 50, la del 36 o los novísimos. En aquel momento nadie cuestionó la necesidad ineludible de abrir de nuevo sus puertas a la poesía, ni supeditó tampoco su recuperación al hecho de que estuviera llena o no de las pertenencias del Nobel.

Esperanza Aguirre, entonces concejal de Cultura y Medio Ambiente del Ayuntamiento de Madrid, acogió la propuesta con interés; la noticia apareció en diversos medios de comunicación y se intentó que las tres administraciones, Ministerio de Cultura (Carmen Alborch), Ayuntamiento de Madrid (José María Álvarez del Manzano) y Comunidad de Madrid (Joaquín Leguina), llegaran a un acuerdo para adquirir la propiedad. Así comenzó una larga espera cargada de falsas promesas, a la vez que se iban pasando el testigo unos a otros y se acercaban las elecciones generales. Carmen Alborch aseguraba, en 1995, que el tema era «cosa de la Dirección General del Libro», mientras que José Antonio Gómez Angulo, el concejal de Cultura que sustituyó en el cargo a Aguirre, se mostró



La casa del poeta

interesado durante un tiempo e, incluso, parece ser que expuso el proyecto ante la Unión Europea. La Fundación Cultural del Colegio de Arquitectos y el Colegio de Aparejadores ofrecieron su ayuda para la rehabilitación del edificio y los más prestigiosos hispanistas italianos, reunidos en el Congreso Internacional sobre Vicente Aleixandre en Bérghamo (Italia), también apoyaron públicamente la defensa de Velintonia... Sin embargo, las promesas y las buenas intenciones se fueron olvidando, el clamor se convirtió en un susurro y, junto con él, el propio nombre de Aleixandre volvió a ser silenciado hasta el punto de que, en 2004, apenas se recordó el vigésimo aniversario de su fallecimiento.

En vista del persistente desinterés de las instituciones, la Asociación de Amigos de Vicente

Aleixandre organizó una concentración frente a la histórica casa el 28 de marzo de 2005, a la que acudieron reconocidos personajes de la cultura. Durante unas semanas esta acción reivindicativa fue recogida por diversos medios de comunicación y atrajo de nuevo la atención del Ayuntamiento de Madrid, la Comunidad de Madrid y el Ministerio de Cultura que, presionados por la opinión pública, constituyeron una comisión destinada, en teoría, a negociar una posible adquisición del inmueble. Trinidad Jiménez, por entonces portavoz del grupo socialista en el Ayuntamiento de Madrid, y Rosa León, responsable de asuntos culturales, presentaron una proposición en el pleno del Ayuntamiento del 30 de marzo de 2005 para que el municipio, junto a la Comunidad de Madrid (CAM), se



hiciera cargo de la adquisición patrimonial de la vivienda. Se reunió a todos los herederos que, en el transcurso de esos años, habían conseguido dejarla libre de cargas, se iniciaron los trámites pertinentes y hubo algunas declaraciones exculporias, como la que hizo Carmen Calvo en el Congreso, en la que afirmaba que el precio reclamado era «desorbitado e injustificable para los recursos públicos», por lo que se les ofreció una cantidad que se encontraba muy por debajo del precio de mercado que reclamaban legítimamente. No hubo nada más que hablar, todo se limitó a un par de reuniones informales «para cubrir el expediente» y algunas columnas en los periódicos.

A día de hoy, las llamadas «negociaciones» con las tres entidades públicas están rotas. La razón alegada, procedente del Ministerio de Cultura y secundada rápidamente por las otras dos administraciones implicadas, fue la concentración que tuvo lugar frente a dicha institución el 23 de mayo de 2007, unos días antes de las elecciones autonómicas, acto que «colmó el vaso de su paciencia» por «electoralista». La realidad es que las personas nombradas para constituir la comisión, Antonio Hidalgo, subsecretario de Cultura; Rogelio Blanco, director general del Libro; Álvaro Ballarín, director general de Archivos, Museos y Bibliotecas de la CAM; Santiago Fisas, consejero de Cultura y Deportes de la CAM; Alicia Moreno, concejal de las Artes del Ayuntamiento y Juan José Echeverría, director general de Patrimonio Histórico de la CAM, nunca se implicaron realmente en la salvación de Velintonia.

A las concentraciones frente al chalé que tuvieron lugar el 30 de septiembre de 2006 y el 5 de mayo de 2007 bajo el lema «Salvemos la casa de la poesía», le han sucedido otras, bien de nuevo frente al Ministerio de Cultura (las siguientes tuvieron lugar el 4 de octubre de 2007 y el 6 de marzo de



Puerta principal de Velintonia 3

2008), bien frente al Ayuntamiento de Madrid (el 13 de junio y el 18 de octubre de 2007), ante la Presidencia de la Comunidad de Madrid (el 29 de junio y el 22 de noviembre de 2007) o incluso frente a la Residencia de Estudiantes (el 11 de julio de 2007). Además de estas movilizaciones, desde la Asociación se han enviado cartas informativas a varios premios Nobel y a diversas instancias: la Fundación Nobel, todos los grupos parlamentarios españoles, la UNESCO, la Oficina del Parlamento Europeo en España, entre otras.

El 12 de julio de 2007 se dio lectura en el Ateneo de Madrid al manifiesto firmado por su presidente, José Luis Abellán, que, bajo el título «Contra la destrucción del patrimonio histórico-cultural», refrendaron numerosos escritores e intelectuales y que fue la plataforma para que diversas orga-



Velintonia 3 con el cartel de «Se vende»

nizaciones que desde hace tiempo intentan salvar o recuperar parte del patrimonio histórico-cultural de nuestro país se unieran bajo ese mismo lema.

Algunas de las razones esgrimidas por determinados políticos o por algún intelectual poco ecuánime para intentar restarle valor a tan histórico lugar son, por ejemplo, que «el gasto es desproporcionado para los logros», o que en la casa «no hay nada de Aleixandre, ni muebles, ni archivos, ni documentos, ni primeras ediciones».

Al parecer, el dinero público se emplea para otros fines, como el despacho del señor alcalde, *La Noche en Blanco*, las obras interminables del futuro Teatro Canal (al tiempo que se pretende eliminar el mítico Teatro Albéniz), la restauración del Teatro Cervantes en Buenos Aires, la Biblioteca de Sarajevo... Todo es más importante que la casa de Aleixandre, sobre quien, además, se cierne un testarudo desdén institucional totalmente incomprensible. En 2007 se cumplió el trigésimo aniversario

de la concesión del Premio Nobel al poeta y los actos institucionales, homenajes o publicaciones en recuerdo de tan señalado acontecimiento, una vez más, brillaron por su ausencia.

Hace unos meses aparecía en los periódicos la noticia de que la casa en Londres donde Arthur Rimbaud y Paul Verlaine vivieron su tormentosa relación sentimental y donde crearon una pequeña parte de su obra, había sido adquirida por un rico admirador de Rimbaud con el propósito de rescatarla de la especulación inmobiliaria y transformarla en un centro cultural, lugar de encuentro, intercambio y estudio de las nuevas generaciones. Al comprador, Michael Corby, lo ayudaron en su empeño algunas figuras destacadas de la literatura y el espectáculo, como el escritor Julian Barnes, la cantante Patti Smith, los actores Stephen Fry y Simon Callow y la organización *Poets in the City*. Como escribió en 2006 el poeta y premio Nobel irlandés Seamus Heaney, en una carta dirigida a la Asocia-



ción de Amigos de Vicente Aleixandre en la que apoyaba nuestra causa, «Las casas en las que los escritores han vivido y trabajado son puntos de referencia en la actividad cultural de un país» y, al margen de cualquier moda o interés institucional, la necesidad histórica de salvar tan emblemático edificio es un hecho incuestionable. Así lo reclamó también Pere Gimferrer en su discurso de ingreso en la Real Academia Española, pronunciado en 1985:

[...] para bien de todos, espero y deseo que la casa de Vicente se mantenga siempre, como en vida del poeta y como ahora mismo, a título de perpetuado monumento incólume a un gran escritor y a su generación, del mismo modo que el carmen granadino de Manuel de Falla, para instrucción, ejemplo y goce de las generaciones futuras. Hago, por si algún día llegase a ser necesario, público llamamiento desde aquí en tal sentido a todos los amigos de Vicente y de la literatura y a las instancias públicas y privadas pertinentes para que así sea: es una responsabilidad que hemos contraído, es algo que a nosotros mismos nos debemos.

Según el artículo 1 de la Carta de Venecia aprobada durante el Segundo Congreso Internacional de Arquitectos y Técnicos de Monumentos, reunidos en Venecia del 25 al 31 de mayo de 1964:

La noción de monumento histórico comprende tanto la creación arquitectónica como aislada, como el ambiente urbano o paisajístico que constituya el testimonio de una civilización particular, de una evolución significativa o de un acontecimiento histórico. Esta noción se aplica no sólo a las grandes obras, sino también a las obras modestas que con el tiempo hayan adquirido un significado cultural.

Muchos de los intelectuales, escritores, poetas, pintores o pensadores de nuestros tiempos han entendido el significado de estas palabras (Francisco Brines, Ian Gibson, Javier Marías, Ricardo Zamorano, Juan de Loza, Julio Maruri, Antonio Colinas,

entre otros), pero parece ser que nuestros sucesivos gobernantes no llegan a comprender su alcance.

Mientras tanto, Velintonia languidece cubierta de olvido y soledad, con el cartel de «Se vende» colgado de sus muros, ajena a las especulaciones, las ideologías y los intereses políticos o económicos. Si muchos de los que la ignoran conocieran realmente su historia, se acercaran a visitarla, atravesaran su umbral, pasearan por las habitaciones vacías, escucharan su respiración y los ecos del pasado o contemplaran el cedro del Líbano desde la ventana del dormitorio del poeta, tal vez, desde la cercanía, sería más difícil que siguieran alimentando la continuada negación de lo evidente: la obligación ineludible, la urgencia y el deber de salvar el refugio de uno de nuestros premios Nobel, uno de los mejores poetas de nuestros tiempos (si no el mejor).

El 15 de diciembre de 2007, las puertas de Velintonia volvieron a abrirse a la poesía y a los amigos de Aleixandre en un homenaje organizado por el Ateneo de Madrid, la Fundación Miguel Hernández y la Asociación de Amigos de Vicente Aleixandre para conmemorar el trigésimo aniversario de la concesión del Premio Nobel. Entre las paredes vacías y descoloridas de sus estancias se escuchó la voz firme y serena de Vicente, se leyeron algunos de sus poemas y se llenó de voces, de música y de amistad lo que en un tiempo fuera el salón. Durante unas horas, la casa del poeta volvió a vivir, e incluso volvió a recordar la «tremenda risa morena de Federico», la «voz gruesa» de Neruda, la «cara atezada y sobria» de Miguel Hernández, la «palabra vehemente» de Dámaso o «la figura fina, silenciosa» de José Luis Cano. Allí estaban todos, vivos aún en el recuerdo y en la historia, intentando, por unos breves momentos, colmar de presencias la tremenda soledad del número 3 de Velintonia. ■